

La guerra civil española como lucha militar

Las enormes controversias que rodean la guerra civil española -controversias aún no apagadas del todo, pese al transcurso de medio siglo-junto con la gran atención prestada a la participación y reacción internacionales, y la voluminosa producción de la *intelligentsia* política y literaria comprometida, han oscurecido a menudo el hecho fundamental de que la guerra española fue, en último término, una contienda militar cuyo resultado debía decidirse en términos militares, el número de investigaciones monográficas, dedicadas estrictamente al aspecto militar, no es sino una fracción de las dedicadas a los aspectos político, internacional y incluso literario. Por eso merece la pena dedicar cierta atención a los problemas militares fundamentales implicados en el conflicto, especialmente a aquellos factores que resultaron militarmente decisivos. Debido a la naturaleza limitada de la investigación monográfica, no es aún posible ofrecer conclusiones definitivas en ciertos aspectos, y mucho menos presentar estadísticas finales, incluso en lo que se refiere a problemas cruciales.

Si bien ha habido negligencia en el abandono de la historia militar, se han corregido algunas de las concepciones erróneas y fórmulas propagandísticas anteriores. Por ejemplo, la división equilibrada de las fuerzas armadas entre los dos lados, al comienzo de la lucha. De hecho, la guerra civil no comenzó como un enfrentamiento «del ejército contra el pueblo», como se ha pretendido a veces, sino que las fuerzas republicanas, en ciertos casos, disfrutaban de mayores contingentes del ejército regular. Este estaba tan dividido políticamente (al menos entre los mandos de mayor edad) como lo estaba la sociedad española en general. En un principio, los insurgentes obtuvieron el control de poco más de la mitad de las unidades del ejército regular. La policía quedó también dividida por igual. Para los rebeldes fue una ventaja fundamental contar con el apoyo de

Traducción: Elena R. Halffter

la única élite de combate del ejército español -las unidades duras y profesionalizadas del Tercio y de los Regulares marroquíes del Protectorado, además de otras unidades mejor entrenadas estacionadas en Marruecos-. Para la República esto quedó compensado en parte -aunque sólo en parte- gracias a su control de todos los centros industriales y de los mayores depósitos de material. Por otra parte, retenía al menos el 60% del personal de aviación, y casi dos tercios del de la marina (aunque no contaba con los oficiales navales, muchos de los cuales fueron eliminados).

Durante las primeras semanas de lucha, ambos lados siguieron una política militar relativamente especializada, política que tuvo que ser alterada sustancialmente al ir creciendo el conflicto hasta la movilización total. La República comenzó enseguida a depender, en gran parte, de la milicia armada de los movimientos revolucionarios. Aunque las primeras columnas de combate organizadas en la zona del Frente Popular estaban constituidas, al menos en parte, por unidades del ejército regular que habían permanecido leales, al cabo de una o dos semanas se vieron inundadas por la expansión de la milicia, y la revolución fue erosionando la confianza política y psicológica en los restos del ejército regular. El resultado fue un desastre militar. Grandes grupos de milicianos, indisciplinados y sin adiestrar, eran vencidos una y otra vez por los grupos de combate más pequeños, pero mejor entrenados y organizados, de las fuerzas regulares insurgentes. Tampoco aprovechó la República su superioridad en el mar y el aire para obtener una mayor eficacia. Es cierto que los débiles escuadrones de la aviación española, divididos como estaban, carecían de fuerza suficiente para llegar a ser un factor decisivo, pero la República, sin embargo, mantuvo durante los primeros meses un control naval decisivo en el Mediterráneo y en las costas del Sur. A causa de una estrategia inadecuada y la desorientación táctica a bordo de los barcos republicanos, debidos al reemplazo masivo de oficiales, la flota republicana no se utilizó ventajosamente, y el semibloqueo de Marruecos se rompió pronto.

Los nacionales dependieron desproporcionadamente durante los primeros meses de las unidades de élite marroquíes, complementadas con los falangistas y los grupos milicianos de derechas, así como por una movilización limitada de los nuevos reclutas del ejército. Sin embargo, entre los nacionales, la función de las fuerzas constituidas por la milicia política se limitó a ser principalmente defensiva o de operaciones secundarias, y desde el principio estuvo rigurosamente subordinada a las órdenes del ejército regular. La prolongación de la lucha durante el otoño y el invierno de 1936-37 hizo necesario un proceso de movilización militar más amplio de lo que en un principio habían imaginado Franco y otros, pero hasta después del estancamiento militar en Guadalajara (marzo de 1937) no se decidió del todo Franco a adoptar la idea de masificar su ejército.

La intervención extranjera y la ayuda militar han sido cuestiones muy controvertidas desde las primeras semanas del conflicto, y continúa siendo motivo de considerable debate. La primera ayuda extranjera le llegó a la República en forma de equipamiento militar proporcionado por Francia, en parte como con-

tinuación de contratos de abastecimiento ya existentes. Pero esta ayuda inicial francesa terminó pronto, dejando a la Unión Soviética, durante la mayor parte de la guerra, como primera fuente de aprovisionamiento, completado éste por material comprado a Checoslovaquia y a otra serie de países por agentes soviéticos y republicanos.

La primera ayuda recibida por los nacionales empezó a llegar de Italia antes de finales de julio de 1936, en forma de un pequeño número de aviones, y algunas armas alemanas llegaron sólo una o dos semanas después. La fecha en que comenzó la ayuda soviética no está tan clara, por falta de documentación directa soviética, pero se suele identificar su comienzo con la llegada de grandes cantidades de material soviético a Alicante y a otros pueblos levantinos, durante la segunda mitad de octubre del mismo año. Sin embargo, la misión soviética NKVD de inteligencia militar y de actividades de la guerrilla, al mando de Orlov, estaba ya organizada y había sido enviada antes de agosto, y existe evidencia de que alguna ayuda soviética llegó antes de octubre. Lo que está claro es que los cargamentos de octubre constituyeron el mayor movimiento de material -aparte de los aviones- hasta esa fecha, y Hitler replicó con su decisión de enviar un cuerpo completo de aviación a España, seguido por la Legión Cóndor, que se formó durante el mes de noviembre de ese año. Mussolini aumentó entonces la escalada de ayuda extranjera despachando unidades militares enteras, el primer batallón de lo que llegaría a ser, con el tiempo, una fuerza italiana de 70.000 hombres, que llegó en los primeros días de 1937.

El año siguiente, 1937, fue el momento de máximo desarrollo de los dos ejércitos, aunque el gobierno republicano inició el proceso más ampliamente y con más seriedad que Franco. En efecto, durante la administración de Largo Caballero -de la que abominaron más tarde los comunistas por sus fracasos militares- se inició la organización formal del ejército popular, a lo largo de los meses de septiembre y octubre de 1936. Aunque los nacionales habían iniciado una movilización limitada de los reclutas regulares desde el principio del conflicto, Franco sólo comenzó a moverse a un nivel equivalente de movilización general seis meses después, en marzo del 37. En términos puramente numéricos, el ejército popular movilizó más hombres y organizó más unidades que los nacionales durante todo el año siguiente. Además, se mantuvieron más hombres en diversas unidades de policía armada en la zona republicana que en la nacional.

El fracaso del ejército popular no se debió, por tanto, a falta de movilización ni a desinterés por organizar un ejército regular, sino más bien a la incapacidad de llevar todo esto a cabo de un modo efectivo. A menudo se achaca el fracaso a la deficiencia de armas y de equipamiento, pero no está nada claro que la República sufriera una relativa carencia de los mismos, comparada con Franco, antes del otoño de 1937. Tal vez el fallo principal podría estar en las esferas de los mandos, del entrenamiento, y de la cohesión de las unidades en el combate. El esfuerzo bélico de la República no pudo compensar nunca, el rechazo inicial de la mayor parte de los cuadros de oficiales profesionales de que disponía durante

los primeros días de la guerra. Al menos la mitad de los 15.000 o más oficiales del ejército regular de España, se encontraron en un primer momento dentro de territorio republicano, y de ellos sólo una minoría eran rebeldes manifiestos al principio. Sin embargo, unos 3.000 fueron rápidamente purgados y unos 1.500 ejecutados antes o después. Alrededor de otros 1.000 se escondieron o escaparon a zona nacional, de modo que, según cifras de Ramón Salas Larrazábal, sólo unos 3.500 sirvieron en el ejército popular. Peor aún, desde el punto de vista de la eficacia militar, fue que la selección de oficiales y el adiestramiento del ejército popular obedeciera siempre en alguna medida a criterios políticos, y su organización nunca llegara a tener un carácter del todo profesional. Las deficiencias consiguientes en el mando, en la iniciativa y en la cohesión de las unidades de combate, no pudieron ser compensadas ni siquiera por el buen espíritu de equipo que caracterizó a muchas de las tropas republicanas durante 1936-37.

El ejército de los nacionales se enfrentó a muchos problemas de este tipo, pero mantuvo en todo momento un nivel más alto de liderazgo militar y una mejor organización, lo cual reflejaba sus prioridades básicas. El ejército nacional estaba organizado sobre la base de un cuadro de 8.000 o más oficiales profesionales. Se completaba con cientos de otros oficiales de la milicia nacional, y con un total de más de 22.000 alféreces provisionales formados en nuevas escuelas de adiestramiento de oficiales. En ciertos aspectos, la calidad de combate de las unidades nacionales se deterioró con el transcurso de la guerra, ya que la creciente escasez de oficiales profesionales más jóvenes y competentes, se compensaba sólo parcialmente con una mayor experiencia en combate. Las principales unidades nacionales, sin embargo, mantuvieron un nivel de competencia de sus mandos, de cohesión técnica y de rendimiento en el combate, más alto que el de sus oponentes republicanos. No era cuestión de inferioridad de los efectivos militares -los reclutas republicanos tenían probablemente la misma preparación física y eran, en general, tan capaces como sus oponentes nacionales, al menos hasta mediados de 1938- sino de una mayor eficacia militar, en términos generales, de la máquina de la guerra nacional.

Más decisivo incluso que la relativa superioridad en organización y calidad combativa del ejército nacional, fue el uso decidido e implacable que hizo Franco del poder naval, activamente respaldado por Mussolini. Casi inmediatamente después de convertirse en Generalísimo en octubre de 1936, Franco optó por una política vigorosa de asalto directo a la flota republicana, siempre que hubiera ocasión de ello. Tenía una conciencia clara de la importancia de la logística y del abastecimiento, y estaba decidido a hacer todo lo posible por cortar las fuentes republicanas de suministro de armas. Dada la pobreza inicial de la armada nacional, Franco no pudo lanzar una ofensiva general contra la flota republicana hasta el verano de 1937, cuando los submarinos italianos y otras unidades participaron en el ataque.

En cambio, la fuerza superior de la armada republicana se limitó de principio a fin a una estrategia en gran medida defensiva y pasiva. Desde finales de

1936 a finales de 1938, la flota y la mayor parte de la aviación estuvieron bajo el control directo de consejeros soviéticos, los cuales impusieron la cauta estrategia defensiva en boga entre las fuerzas navales y aéreas soviéticas, en aquel momento. Así, los nacionales dominaron en gran medida tanto el aire como el mar, gracias en parte a las técnicas más agresivas de las unidades alemanas e italianas que les ayudaban, y a la abierta intervención de la marina italiana en el Mediterráneo durante 1937-38. Aunque más tarde la marina británica actuó para proteger los cargamentos neutrales durante algún tiempo, los ataques italianos y nacionales hundieron cientos de barcos republicanos y extranjeros cargados con aprovisionamientos. Hacia finales de 1937, la Unión Soviética se negó a enviar más barcos de abastecimiento por el Mediterráneo, por lo que tuvo que hacer sus envíos a través de Francia.

Por todo esto, la guerra en el mar fue enseguida más desigual que en tierra. Tanto los republicanos como los nacionales comenzaron el conflicto con un acorazado cada uno, aunque los primeros contaban inicialmente con tres cruceros, mientras los segundos sólo tenían uno. Al final de la guerra ambos tenían tres. Los republicanos empezaron con una ventaja de 10 a 1 en destructores y de 12 a 0 en submarinos. Al final, la proporción era de 9 a 5 y de 6 a 3 respectivamente. El desarme naval republicano no consistió en la derrota y destrucción directa de sus buques de guerra (que rara vez participaron en combates importantes), sino en las pérdidas masivas ocasionadas a su flota de abastecimiento. El más completo estudio sobre la guerra civil española en el mar (del profesor Willard Frank), llega a la conclusión de que los republicanos perdieron 554 barcos de todo tipo -sólo un pequeño número de ellos era de guerra- de los cuales 144 se perdieron por la acción alemana e italiana (principalmente la italiana). Además, 106 buques extranjeros que transportaban abastecimientos para los republicanos fueron también hundidos, 75 por alemanes e italianos. Por el contrario, los nacionales sólo perdieron 31 barcos de todo tipo en la guerra, parece ser que 9 de ellos por la acción soviética.

Ha menudo se ha alegado que la conquista nacional de la zona republicana del norte fue el momento crucial de la guerra civil. Esto es probablemente cierto, especialmente si se tiene en cuenta que coincidió con la ofensiva naval conjunta de nacionales e italianos, que tan desastrosos efectos tuvo para los abastecimientos republicanos. En abril de 1937, los republicanos todavía disfrutaban de superioridad numérica en hombres, en total de unidades militares, en armas y material y en industria bélica. Al final de la conquista de la zona norte, seis meses más tarde, estas ventajas habían desaparecido en su mayoría.

El éxito de la estrategia nacional en 1937 apuntaba a una total deficiencia en el plan estratégico general de las fuerzas republicanas, las cuales tendían a confiar en una defensa relativamente pasiva, del mismo modo que tendían a dispersar los efectivos militares y los materiales disponibles a lo largo de un extenso perímetro defensivo. Frente a tal estrategia defensiva, fue mucho menos difícil para Franco concentrar sus unidades más fuertes en grandes grupos de ofensiva, disfrutando siempre de superioridad numérica al menos en el punto

de ataque, y de este modo pudo destrozar las unidades republicanas sector por sector. Por otro lado, la mayor parte de la línea defensiva de los nacionales estaba mucho menos guarnecida, mantenida por falangistas y milicianos voluntarios o por unidades secundarias del ejército regular.

La historia del sector principal del ejército popular es esencialmente la historia de cuatro ofensivas-Brúñete, Belchite, Teruel y el Ebro- rematadas por la defensa de Valencia, que tuvo un éxito relativo, en 1938. La meta del ejército popular fue sobre todo crear un verdadero ejército ¿le maniobra, esto es, un grupo importante de cuerpos militares capaces de concertar una acción ofensiva. Durante casi un año los republicanos lucharon principalmente a la defensiva, siendo la primera ofensiva a gran escala la operación Brúñete, emprendida al norte de Madrid en 1937, seguida por la ofensiva de Belchite, en Aragón, cuatro meses más tarde. Ninguna de las dos operaciones logró un avance importante, y ambas fallaron en su intento de desviar a las tropas nacionales de la conquista del norte.

En los últimos meses de 1937, con las fuerzas republicanas ya desfalleciendo, mientras aumentaban constantemente las del ejército nacional, la cuestión de recobrar la iniciativa estratégica se convirtió en un punto de vital importancia para los mandos republicanos. Esto produjo la ofensiva de Teruel en diciembre de 1937. Aunque tampoco ésta logró un gran avance, consiguió capturar una capital de provincia, e indujo a Franco a abandonar sus propios planes, en favor de una nueva ofensiva cerca de Guadalajara para aislar Madrid. A pesar de la derrota final de los republicanos en Teruel, en el transcurso de la contraofensiva franquista en enero y febrero de 1938, que dejó sus defensas gravemente debilitadas en Aragón -preparando el terreno para la espectacular ofensiva relámpago de Franco que le llevó hasta el mar- el ejército popular, a pesar de todo, consiguió reagruparse hacia mayo de 1938 y librar una obstinada campaña defensiva durante dos meses y medio, que impidió a los nacionales avanzar hasta Valencia.

I

Una de las mayores proezas militares republicanas durante la guerra fue la restauración del ejército popular, que tuvo lugar en Cataluña durante la primavera y comienzos del verano de 1938. Ello representó la movilización de efectivos más extensa de toda la guerra; empezó en Cataluña con el reclutamiento de los reemplazos de 1927. 1928 y 1942, seguidos al poco tiempo por los de 1923 hasta los de 1926 y, más tarde, por los reservistas] de 1919 hasta los de 1922. Esto hizo posible, una vez más, llenar las filas del ejército popular en el noroeste, aunque se hizo básicamente con jóvenes menores de veinte años y hombres entre los treinta y los cuarenta. En total se incorporaron casi 200.000 reclutas en la zona republicana. Esto fue acompañado por la reapertura oficial de la frontera con Francia, que aumentó enormemente el caudal de armas nuevas y otros pertrechos, e hizo posible la creación de un nuevo ejército-el ejército del Ebro- que tomó la iniciativa en nombre de la República por última vez, con la ofensiva del 15 de julio de 1938. Aunque tampoco ésta vez lograron los republicanos un avance estratégico, originó la batalla más larga y más sangrienta de

toda la guerra civil -la llamada campaña del Ebro, que se prolongó de julio a noviembre de 1938-. En adelante ya no habría enfrentamientos importantes.

Es de todos sabido, que en la zona republicana los comunistas se arrogaron pronto la primacía de la lucha militar, denunciando a sus rivales revolucionarios de izquierdas por abandonar la guerra en favor de la política. Durante los primeros meses del conflicto, llenos de confusión y entusiasmo, las acusaciones de los comunistas tuvieron una considerable parte de verdad. Sin embargo, como hemos visto, el gobierno de Largo Caballero asumió rápidamente la iniciativa de organizar un ejército popular regular, no siendo ésta en su mayor parte una empresa comunista. El que los oficiales comunistas, se hicieran con el mando de una proporción tan grande de las unidades mejor preparadas del nuevo ejército, se debió, más que a ninguna otra cosa, al semimonopolio de armas y pertrechos de que disfrutaba la Unión Soviética, y a la dureza con que los consejeros soviéticos y los jefes comunistas españoles llevaron a cabo su política en el nuevo ejército. Los comunistas de todas partes daban primacía a la fuerza militar y, en este aspecto, el papel de los comunistas en España fue consecuente con las prioridades normales de los comunistas en otros lugares, pero cuando llegó el momento de elegir entre la influencia política comunista y la fuerza militar no comunista, estuvieron tan dispuestos a sacrificar la eficacia militar a la política, como lo habían estado socialistas y anarquistas. Este persistente conflicto interno fue, claro está, una de las claves que explican la debilidad del esfuerzo bélico republicano.

Está comunmente reconocido, por el contrario, que una de las principales contribuciones de Franco al triunfo nacional fue de carácter estrictamente político, esto es, el mantener la unidad política entre los nacionales, para poder concentrarse prioritariamente en las cuestiones militares. Por otro lado, las valoraciones que se han hecho de la calidad de su liderazgo militar han sido enormemente variadas: el coro de alabanzas surgido bajo su régimen le calificaba de genio, mientras sus detractores (entre los que se encontraba Mussolini), le negaban todo talento militar al margen de una simple mediocridad profesional. Evidentemente, la verdad se encuentra en el centro de estos dos extremos. Franco no era un genio militar, pero poseía ciertas cualidades muy positivas como jefe militar: era sereno, concienzudo y práctico, y dedicaba considerable atención a cuestiones fundamentales como el entrenamiento, la logística, los abastecimientos, las comunicaciones y el uso de la topografía. Su principal talento se encontraba en el ámbito de los asuntos técnicos y estructurales más prosaicos, pero no por eso menos básicos e importantes. Entendía escasamente la nueva tecnología *per se*, pero era capaz de integrarla, en la medida de lo posible, en su estrategia general.

Posiblemente, la dimensión más pobre de Franco fue la estratégica, porque tenía para ello poca imaginación y escasa aptitud. Sus inclinaciones personales se dirigían siempre hacia una preparación cuidadosa y movimientos prudentes, bien calculados e incluso, en ocasiones, cautos. Las jugadas innovadoras y los riesgos temerarios no formaban parte de su constitución psicológica. Por eso ha

sido criticado incluso por alguno de sus lugartenientes principales, tanto como por sus más importantes aliados, por negarse a actuar con movimientos estratégicos arriesgados y decisivos, por ser demasiado cauteloso y preferir responder a la iniciativa enemiga. La innovación estratégica más decisiva del esfuerzo bélico nacional, la decisión de 1937 de abandonar la ofensiva del centro y liquidar la zona norte, parece haber sido trazada originalmente por su Jefe de Estado Mayor, Juan Vigón, que consiguió convencer a Franco de lo acertado de la misma.

Se dejaron pasar las oportunidades para una victoria rápida en septiembre de 1936, aunque entonces había dos posibilidades viables: una podría haber sido la de trasladar un considerable número de tropas a la zona de Mola (en una ocasión a principios de aquel mes, los dos ejércitos nacionales se llegaron a unir en el oeste), para atacar Madrid desde la posición avanzada de Mola al lado de la capital, mientras que la otra podría haber consistido en avanzar directamente sobre Madrid, durante la tercera y cuarta semanas de aquel mes, desentendiéndose del flanco sudoriental. Madrid estuvo más débilmente defendido durante septiembre que en octubre o noviembre, pero el golpe audaz no se intentó. En vez de esto, las fuerzas de Franco lucharon para ir ganando terreno pueblo a pueblo, a lo largo de un frente bastante extenso.

La decisión de Franco de cancelar la ofensiva sobre Madrid y Guadalajara en 1937, para responder al asalto republicano de Iruel, fue muy criticada por sus consejeros alemanes e italianos, así como por algunos de sus mandos. Críticas similares acompañaron su decisión de volverse hacia el sur en mayo de 1938, en una lenta ofensiva frontal contra Valencia, mientras Cataluña, mal defendida, podría haber sido ocupada como consecuencia directa del avance de los nacionales hasta el mar. En esta ocasión, pudo disuadir a Franco la posibilidad de un cambio en la política francesa, e incluso de una intervención de Francia, si ocupaba todo el noroeste hasta la frontera durante las tensiones de aquel año previas a la cuestión de Munich. Sin embargo, de lo que hablaba más abiertamente era de prioridades económicas peculiarmente definidas: la falta de moneda extranjera para importar materia prima con que abastecer la industria catalana, si ésta llegaba a ser ocupada a corto plazo, frente a la utilidad de los cítricos levantinos para mejorar la balanza de cambio.

La decisión de julio de 1938, de comprometer la mayor parte de sus recursos en la contraofensiva del Ebro fue igualmente criticada, llevando a Mussolini, al menos momentáneamente, casi a la desesperación!. Pero ni siquiera Franco dirigía la guerra con criterios exclusivamente militares: buscaba las ventajas políticas y psicológicas casi tanto como las comunistas, y se negaba a dejar cualquier iniciativa o triunfo republicano sin contestación. La campaña del Ebro le costó al ejército nacional más muertes que ninguna otra (6.500 por lo menos), que Franco justificó alegando que una batalla importante de desgaste, favorecería una concentración de la potencia de fuego nacional. Esto era probablemente una verdad a medias, porque la proporción de bajas fue mucho menos favorable para los nacionales de lo que se pretendió entonces, pero Franco tenía razón

en un aspecto muy importante: la campaña del Ebro trituró lo que posiblemente fuera el sector más fuerte y más importante de lo que quedaba del ejército popular. Una vez destruido éste no pudo ser reconstruido, ni pudo recuperarse el ánimo republicano del precio que había tenido que pagar.

Cualquiera que sea el juicio que nos merece el liderazgo de Franco, o el comportamiento del ejército nacional en general, se ha sostenido a menudo que el factor decisivo en la victoria nacional no fue ni uno ni el otro, sino más bien la decisiva contribución de la intervención extranjera. Después de cincuenta años, la magnitud exacta de esta intervención y su importancia para ambos bandos de la guerra civil, no ha podido calibrarse aún con absoluta precisión. Parece no haber duda de que la ayuda militar italiana y alemana a Franco fue muy superior en calidad de resultados, y ligeramente superior en cantidades absolutas, a la ayuda que de la Unión Soviética y de otros países recibió el Frente Popular. La cantidad de personal militar alemán en España era por lo menos el doble del soviético, mientras que los 70.000 soldados italianos que había en la península en 1937, punto culminante de la participación italiana, excedían probablemente el número total de voluntarios de las Brigadas Internacionales, aunque el *interbrigadista* medio probablemente estuviese luchando en España durante un periodo de tiempo más largo.

Después de la guerra civil, los republicanos no comunistas se quejaron, en ocasiones, de que el esfuerzo republicano había quedado lastrado por el hecho de que la Unión Soviética enviara predominantemente armas viejas y anticuadas. Sin embargo, la evidencia de que disponemos no parece corroborar este argumento. Es cierto que parte del equipamiento utilizado por ambos lados era anticuado, pero la Unión Soviética también envió algunas de sus armas más modernas. Los únicos tanques del calibre utilizado en la I Guerra Mundial, que prestaron servicio en ambos lados, eran el último modelo de tanques del Ejército Rojo enviados por Moscú. De modo similar, los aviones caza de gran velocidad que llegaron de la Unión Soviética en octubre de 1936, eran superiores a cualquier otro de los enviados por Alemania o Italia, hasta la aparición de los Messerschmitts algún tiempo después. Incluso se enviaron modelos más nuevos y recientes de cazas soviéticos (los «Supermoscas») en 1938.

Su utilización y eficacia era otra cuestión. Por lo que a esto se refiere el equipo alemán e italiano, ya estuviera manejado por alemanes, italianos o españoles, generalmente sobrepasaba en rendimiento al soviético, tanto si éste era utilizado por rusos como por españoles. En parte, esto se debía a las tímidas tácticas defensivas impuestas por los consejeros soviéticos. Incluso el ejército italiano y las tropas de la milicia, que en general no han gozado de muy buena reputación, actuaron, en su mayoría, moderadamente bien. Su índice de bajas fue ligeramente inferior al, aproximadamente, seis por ciento de muertos del ejército nacional en conjunto. La artillería italiana jugó un papel importante, del mismo modo que la ayuda de la Legión Cóndor alemana fue vital para varias de las ofensivas clave de Franco.

La característica primordial de la guerra española, tanto política como militarmente hablando, consistió en ser frecuentemente presentada como el reflejo o la representación de algo distinto de lo que realmente era. Esencialmente fue un conflicto revolucionario/contrarrevolucionario, pero se le hizo una insistente propaganda como una lucha entre «fascismo» y «democracia». Las representaciones políticas falsas, tuvieron su contrapartida en conclusiones militares falsas, engañosas o incompletas. Así, por ejemplo se ha exagerado considerablemente la experimentación militar que supuestamente se llevó a cabo y/o las lecciones que de ella derivaron. Las tácticas y el material constituían, de hecho, una mezcla única de la primera y segunda guerras mundiales. Ambas partes tuvieron la oportunidad de introducir una variedad de innovaciones menores -tales como las nuevas armas de disparo más rápido- pero éstas no tuvieron, en su mayoría, dimensión revolucionaria. En realidad, las conclusiones que sacaron los teóricos de otros ejércitos europeos fueron a menudo, posiblemente más erróneas e inapropiadas que pertinentes y útiles para los propósitos de la II Guerra Mundial.

Los alemanes fueron los que más se beneficiaron, pero incluso ellos sólo sacaron un provecho parcial. El factor más significativo, demostrado en España, fue la eficacia de la táctica alemana de apoyo aéreo, primero en la conquista de Vizcaya y, después en las campañas de mayor envergadura del noroeste, a lo largo de 1938. Irónicamente, a pesar de las acusaciones republicanas sobre Guernica, la conclusión a la que llegó la Luftwaffe fue que el bombardeo estratégico de ciudades e industrias merecía mucha mejor atención que el bombardeo táctico en apoyo de operaciones de tierra. Aunque ésta fuera una conclusión perfectamente válida, sacada de la experiencia española, estableció una prioridad que costaría cara al esfuerzo bélico alemán a partir del otoño de 1940, cuando la Luftwaffe se encontró con que el ala estratégica de su fuerza aérea estaba poco desarrollada. En contra de los rumores al respecto, el Blitzkrieg alemán nunca se probó en España. No hubo producción en masa de tanques alemanes de calidad adecuada hasta prácticamente el final de la guerra, y casi ninguno estuvo disponible para poder ser enviado a España. La aviación fue mucho más importante que los vehículos blindados para apoyar el avance de los nacionales.

Italia, la potencia más comprometida con la lucha española, no consiguió beneficiarse de ella militarmente. Esto no fue debido, como se ha alegado a veces, a que los suministros militares italianos se vieran seriamente disminuidos por los envíos a España. La mayor parte del material italiano enviado a España, si bien adecuado dentro del contexto tecnológico algo anticuado de la guerra española, resultaba pasado y de poco valor para un combate como el desarrollado en la II Guerra Mundial y, por otro lado, el volumen en que se suministró dicho material no fue tan grande como para poner seriamente a prueba la producción de la industria italiana. Más bien ocurrió lo contrario: el carácter parcialmente anacrónico de la guerra española, junto con el rendimiento relativamente superior de las tropas nacionales equipadas con armas italianas, adormeció en un

falso sentido de complacencia a la jefatura italiana, que nunca hizo planes ni se preparó seriamente para la participación en una guerra mundial. Incluso el desaliento de su mal equipada infantería, frente a los tanques soviéticos en Gualadajara, les causó escasa impresión.

Tampoco demostraron mayor sagacidad para aprender del conflicto español los jefes militares soviéticos. Aunque se percataron de la importancia de incrementar sus carros blindados, ya habían tomado una decisión en este sentido con anterioridad, mientras que, por otro lado, la utilidad limitada de los vehículos blindados en España, les convenció de que una táctica de dispersión de las unidades de infantería -algo diametralmente opuesto al Blitzkrieg de blindados alemán- sería la táctica apropiada para una guerra europea. Del mismo modo, el desastroso fracaso de las tácticas aéreas soviéticas en España -que favorecerían el «combate en grifpo» y la defensiva frente a las tácticas individuales y la ofensiva- produjo escasos cambios en sus planteamientos hasta mucho después de empezada la guerra, en 1941.

Después de 1939, estuvo en boga referirse a la guerra española como el «asalto inicial» de la segunda guerra europea, o emplear algún concepto equivalente, pero la exactitud de esta interpretación es muy dudosa y de limitada utilidad, excepto para propósitos de propaganda política. Incluso podría tener más sentido dar la vuelta a la proposición y concluir que el conflicto español fue en realidad el último asalljo, y el más radical, de la primera guerra mundial. La desintegración revolucionaria de las instituciones en España, no tuvo equivalente en ningún otro lugar de Europa durante los últimos años treinta, pero fue en sus aspectos clave análoga a la descomposición revolucionaria de las instituciones, ocurrida en numerosos países de Europa Central y Oriental entre 1917 y 1920 -o al menos ese fue el argumento de los propios revolucionarios españoles en 1934-36-. La radicalización y el colapso ocurrieron más tarde en España, porque ésta no había estado implicada en la I Guerra Mundial; al faltar el estímulo generado por las tensiones de un ambiente de guerra, junto a la movilización masiva concominante, los procesos de esta índole tardaron más en desarrollarse, dado el contexto estrictamente doméstico y de paz. Como guerra civil revolucionaria/contrarrevolucionaria -lo que en esencia fue el conflicto español- era directamente análoga a las luchas ocurridas después de la I Guerra Mundial en Rusia, Hungría y el área del Báltico, e incluso hasta cierto punto en Alemania. No hubo nada equivalente a esto durante los primeros asaltos de la II Guerra Mundial, aunque ciertas pautas de acción similares comenzaron a aparecer en Yugoslavia en 1941. De igual modo, la creación de un ejército revolucionario o popular, acompañado por la exacerbación del nacionalismo en oposición a él, fue un producto de la I Guerra Mundial, y no típico de las fases iniciales de la II Guerra Mundial en Europa. Incluso en el empleo de tácticas y material militar, el conflicto español fue tanto reflejo de la I Guerra Mundial como de su sucesora, con la principal excepción del uso más sofisticado de la fuerza aérea. Como foco de atención e intervención internacional, la guerra española indudablemente contribuyó a la dinámica de los asuntos internacionales.

les, pero no constituyó una preocupación crucial para ninguna de las grandes potencias, excepto quizá para Italia, en la medida en que se la pudiera considerar como una gran potencia. La guerra española proporcionó la ocasión original para la creación del eje Roma-Berlín en octubre de 1936, sin embargo, el Eje no participó conjuntamente en el comienzo de la guerra europea, conflicto mucho más amplio, en 1939. Por lo que respecta a la izquierda, la guerra española representó un intento de formación de una especie de Frente Popular Internacional, dirigido en parte por la Unión Soviética, pero esto resultó ser un fracaso total. Hitler solo inició la II Guerra Mundial después que Stalin hubiera invertido por completo la política en la que se basó, al menos en teoría, la intervención soviética en España. Stalin, en vez de oponerse a Hitler, llegó a un acuerdo directo con él, para una división del poder que haría posible una guerra europea de mayor extensión. Esto es, la II Guerra Mundial sólo pudo comenzar cuando se invirtieron las alianzas de la guerra civil española. La primera fase, puramente europea, de la II Guerra Mundial, fue posible gracias a la alianza de dos imperialismos revolucionarios rivales -el nazi y el soviético- contra las democracias occidentales y los estados menores. No sólo los dos imperialismos revolucionarios habían apoyado a lados opuestos en España, sino que, además, la democracia, en su sentido occidental, nunca había sido un elemento por el que luchar. Fue rechazada por Franco y los nacionales desde el principio, mientras que la coalición pluralista del revolucionario Frente Popular, que gobernaba en la zona de la República, sólo utilizó la democracia occidental como artículo de propaganda internacional.

Como, con todo acierto, observó Raymond Arón en sus *Memorias*, la única parte de la II Guerra Mundial que el conflicto español, hasta cierto punto, presagió o anticipó, fue la lucha que comenzó en julio de 1941 cuando Hitler atacó la Unión Soviética. Por eso el régimen de Franco envió voluntarios al frente ruso, mientras permanecía neutral o no beligerante en otras cuestiones de la guerra, que atañían a potencias con las que no había tenido un enfrentamiento directo. Después de 1941, el conflicto, ya realmente mundial tras la intervención japonesa y americana, ni reflejó de modo evidente la guerra española, ni constituyó un enfrentamiento auténtico entre el fascismo y la democracia. Japón, por ejemplo, mantuvo su sistema constitucional anterior a la guerra relativamente inalterado a lo largo de todo el conflicto^ mientras que la alianza an-glo-américo-soviética, a todas luces, no se basaba en un denominador común democrático. En último término, lo que estuvo en juego en la conflagración mundial, fue un conflicto de poder entre las potencias mundiales establecidas y los nuevos y radicales imperialismos nacionales de^ las naciones tripartitas, que fueron totalmente derrotadas.

S.G.P.*

* Catedrático de Historia. Madison (Wisconsin). USA.